

Novelar la locura

El humo en la botella
Juan Ramón Biedma
 Salto de Página. 416 págs.

Después del asalto de Stieg Larsson y sus contemporáneos del norte de Europa parecía que la novela negra había sido reinventada en Suecia. Las editoriales poderosas nos suministraban cada cierto tiempo pequeñas dosis de autores de nombres y apellidos similares, promocionados como lo mejor de su país o como la nueva forma de entender el género. Y he aquí que aparece el sevillano Juan Ramón Biedma para demostrarnos que no todo estaba perdido. Porque en *El humo en la botella* (otra de esas delicias que publica Salto de Página) se manifiestan algunos de los elementos que hacen interesante a la novela negra. El primero, quizás no el más importante, descubrir que las ciudades no son sólo lo que nos enseñan las postales. Sevilla es en esta obra una ciudad abierta—o cerrada, dependiendo de cómo se mire— a los alcohólicos, a los vagabundos, a los traficantes de segunda o tercera fila, a los psicópatas... Una ciudadre cubiera de sueños, que roza lo esperpéntico porque sus personajes lo son. Una novela que nos demuestra que a día de hoy todavía puede creer uno en la literatura.



Segunda parte

Los pícaros y los canallas van al cielo
Elizabeth Smart
 Periférica. 160 págs.

El año pasado Periférica publicó el largo poema autobiográfico *En Grand Central Station me senté y lloré* de Elizabeth Smart. En él contaba su pasión por un hombre casado, su huida, la obsesión, la vergüenza y la soledad. Muchos años después de escribir aquello, una obra de ingeniería literaria, Smart se atrevió con una segunda parte en prosa en la que narraba su vida en el Londres de la posguerra mundial. Tuvo varios hijos con el escritor de sus sueños, y estuvo siempre sola. Los crió como pudo en una época de ruina, frío y hambre. Todo eso es lo que narra la autora, nacida en 1913 en una de las familias más conocidas de Ottawa, Canadá. Era una artista, aunque la vida real no le dejaba tiempo para grandes empresas. Sus conocimientos de la Biblia, el teatro, la poesía y la novela están presentes en este volumen como en el anterior; las citas y referencias son constantes.



Almudena Grandes publica *'Inés y la alegría'*, la primera de un conjunto de seis novelas que tratarán el tema de la posguerra española, que la autora ha definido como "Episodios de una Guerra Interminable" en clara referencia a Galdós

“Los retos me estimulan”

Dice que para ella es una suerte haber encontrado un tema literario al que dedicarse en los próximos años. Y añade: “Es un privilegio, porque a mí lo que me gusta es escribir, así que lo de tener tanto trabajo por delante es algo muy bueno”. Porque *Inés y la alegría* es tan sólo la punta de un iceberg: seis novelas que relatarán los años posteriores a la Guerra Civil, nada menos que del 39 al 64. Y para que se vea que va en serio, la escritora madrileña muestra orgullosa los títulos de esta sextología en su primer volumen: *El lector de Julio Verne*, *Las tres bodas de Manolita*, *Los pacientes del doctor García*, *La madre de Frankenstein* y *María no en el Bidasoa*. “Cuando empecé a contar que me iba a meter en un proyecto tan ambicioso, sobre todo para que la gente no creyera que hacía novelas como con una manivela, me asombró que a los periodistas os llamara tanto la atención; eso hizo que la idea acabara dándome un poco de vértigo”, subraya Almudena Grandes al ser interrogada. “Pero en el fondo es el tema sobre el que llevo escribiendo toda mi vida. Porque empecé escribiendo sobre esa historia de España más cercana a mi vida y ahora estas seis van a terminar cuando empezaron las primeras”.



“En el fondo es el tema sobre el que llevo escribiendo toda mi vida”

—¿Cómo se le ocurrió la idea de las seis?
 —Cuando empecé a escribir *El corazón helado*, allá por 2002, estuve recogiendo información sobre la Guerra Civil. En concreto sobre dos temas de los que se había escrito poco: la División Azul y la segunda generación del exilio. Para la mayoría de los españoles, el exilio tiene dos momentos, el 39 y el 77, como si entre esos años no hubiera pasado nada y a los exiliados sólo les hubieran salido canas. Aprendí entonces algo muy importante: por mucho que creyera que sabía mucho de la Guerra Civil, en realidad no tenía ni idea. Cada vez que leía un libro tenía que leer cuatro más, y así sucesivamente. Durante este proceso, no sólo de documentación sino también de aprendizaje personal, fui descubriendo una serie de historias de la posguerra que me gustaban mucho y que no podía incluir en la novela. Así que las fui guardando hasta que supiese qué hacer con ellas. Fue cuando se me ocurrió lo de la serie de seis novelas.

—¿Las tiene ya pensadas?
 —Las historias te las puedo contar ahora mismo porque las tengo esbozadas en cuadernos. Luego, a medida que vaya preparando cada una, me meteré en un proceso de documentación más exhaustivo. Tendré además que solucionar cuestiones como la estructura

o la voz narrativa, que no se parezcan entre ellas pero que guarden cierta armonía. Por el momento tengo ya dos escritas, porque la primera que escribí fue la segunda que se publicará.

—Poca gente conocía la historia del intento de invasión de los comunistas a través de los Pirineos en época de Franco que cuenta en *Inés y la alegría*.

—Casí diría que nadie. Descubrí la invasión de Arán leyendo el tomo primero del libro de memorias de Manuel Azcárate, *Derrotas y esperanzas*. Allí encontré—en dos páginas, porque no

sobre el que no hay versión oficial es una bendición, pero a la vez una complicación: por un lado he tenido libertad para interpretar pero eso me ha hecho asumir riesgos de interpretación. Interpreto sin red, si me caigo me rompo la crisma porque no hay nadie que me respalde. Como tal la invasión sí ha sido estudiada, pero sólo por algunos historiadores; muy pocos se han ocupado también del contexto político, y no exhaustivamente. Quienes lo ha tratado—Secundino Serrano o Paco Moreno Gómez— han visto en Arán una parte más de

no de la guerra porque sus protagonistas van muriendo.

—Y en este caso todos los personajes clave—porque Carrillo tuvo un papel secundario—han muerto y no contaron nada. Monzón podía haber escrito unas memorias y no lo hizo. Carmen de Pedro tampoco; Azcárate no contó casi nada. Y Dolores Ibárruri ni se ocupó de ello.

—¿Por qué cree que se silenció la invasión?

—Porque a ninguno de los centros de poder que tomó decisiones para resolver esta crisis le interesaba. Hubo una coincidencia perversa entre enemigos antagónicos para no hablar de ello. Para Franco, que tenía el país en la mano, fue humillante que cuatro mil tíos cruzaran los Pirineos para tomar el Valle de Arán. Era una deshonra. Pero tengola impresión de que no podía permitir que se hablara de ello porque el Valle de Arán puso de manifiesto una deficiencia estructural del régimen. Yes que Franco no pudo controlar los Pirineos jamás. Es decir, siempre fueron como la valla de un jardín por la que saltaba toda clase de gente: comunistas, extraperlistas... Para la Dirección de PCE, por su parte, era problemático contar la invasión ya que había sido una iniciativa de Jesús Monzón, sin el permiso de la Dirección, usurpando el poder pero realizando un trabajo extraordinario. Alabar la invasión era alabar a Monzón, cosa que no les convenía, porque además contaba con la lealtad de los militantes exiliados en Francia, que se habían sentido abandonados por la Dirección. Y luego ya no habíamos de los aliados. La invasión de Arán es en realidad un episodio de la Segunda Guerra Mundial. Y no aparece en ninguna parte... Porque los hombres que vinieron aquí habían luchado con el uniforme del ejército aliado en el sur de Francia y también los abandonaron. Por eso en Arán, cada uno a su manera, consciente o inconscientemente, acabaron por apuntalar a Franco en el poder. Y a nadie le interesó contarlo.

—¿Cree que la Guerra Civil sirvió de prueba para la Segunda Guerra Mundial?

—Fue su primera batalla, esa es la verdad. A los aliados no les interesa que se cuente así porque dejaron a España con el culo al aire dos o tres veces. Los ingleses prefieren contar que éramos un país especial, que los españoles se mataban entre ellos como una raza de salvajes. Cosas por el estilo. Pero lo que se diluyó en España fue lo que posteriormente sería la Segunda Guerra Mundial.

“Era complicado pero excitante a la vez poder rellenar con literatura los huecos que la Historia ha dejado”

le dedica más, y contado como algo sin importancia— como el Ejército de la Unión Nacional Española tomó el Valle de Arán para establecer un gobierno republicano en Viella. Me quedé atónita. Fue como ir en un coche por la provincia de Segovia y ver el mar. En ese tema había una novela, pero es que no llega a haber veinte libros que hablen de la invasión aunque sea de refilón. Escribir una novela a partir de un hecho histórico

una obra mayor sobre la guerrilla. Y los que han escrito monografías como Martínez de Baños no se han centrado en el contexto político. Por lo tanto, era complicado pero excitante a la vez poder rellenar con literatura los huecos que la Historia ha dejado y que nunca se recuperarán porque los protagonistas murieron sin contarla.

—Decía hace poco Muñoz Molina que en poco tiempo no habrá versiones de primera ma-

Alex Oviedo